

III. Pedagogía iniciática de la gracia (4M-5M)

El primer estadio mistagógico se caracterizó por el aprendizaje del verdadero amor. El amigo se da a conocer más cerca del centro. Dios toma la iniciativa y se le conoce por fe y experiencia (4M 1,8); y aunque el entendimiento no sea capaz de “poder dar traza” (4M 1,2), sabe que se trata de “cosas sobrenaturales” y quién es su hacedor. El segundo estadio mistagógico pertenece a los territorios del Espíritu y a los dominios del Padre (Jn 14,2). Las 4M y 5M no son fruto de un ascenso progresivo de la voluntad, sino son don y regalo “porque da el Señor cuando quiere y como quiere y a quien quiere, como bienes suyos” (4M 1,2; Mt 20,15).

Nuestra protagonista afirma que ya ha hablado en otras ocasiones de las gracias que aquí ocurren¹; catorce años antes, no disponía de suficiente experiencia. Aquellos que han sido transformados por la fe desnuda saben lo que ocurre en estas moradas. El proceso da un salto de calidad en el ámbito de la fe y de la experiencia bajo la acción del Espíritu Santo. La mística y vida teologal son posibles en el marco de la gracia y de la fe.

Llevados de la mano de Teresa intentamos desvelar el protagonismo de Dios en 4M y 5M, teniendo en cuenta otros escritos alusivos a la doctrina y experiencia de 4M². Seguimos utilizando el método analítico a partir de las categorías pedagógicas de la experiencia, la interioridad, la oración, el discernimiento, la referencia a la Escritura y la simbología.

¹ Cf. V 14-32.37-40; R 4.5 [CC 60a,5]; Cp 4; cf. 4M 1,1 n.3.

² Cf. T. ÁLVAREZ, *Comentarios al “Castillo Interior” de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2011, 95.

1. LA INICIATIVA DE DIOS (4M)

La Santa se encomienda al Espíritu Santo (4M 1,1), y describe en los tres capítulos la vida nueva y donada, como si de un manantial se tratara; en el primer y segundo diferencia los *contentos* y la *ternura* naturales de los *gustos* que da Dios; y en el tercero introduce la oración de recogimiento infuso y sus efectos.

El morador entra en 4M en noche y sin saber lo que le espera. Dudas, sospechas y confirmaciones van a dar paso a la única realidad: la vida regalada de la gracia. A partir de 4M el amor de Dios impacta en la conciencia y profundidad del ser humano y despierta los sentidos internos para tratar con su Dios a solas (R 5,3), quien se emplea a fondo atrayendo hacia sí al morador. Teresa habla de “un *recogimiento interior* que se siente en el alma” (R 5,3), por el que la libertad queda cautiva y seducida; una atracción aún mayor pon la “*quietud y paz interior* muy regalada” (R 5,4). El morador se hace sabedor de esta realidad “sobrenatural” (R 5,3; 4M 3,8), bondad y gratuidad de Dios (R 5,8). En 4M los dinamismos teologales comienzan a tener protagonismo y autonomía; pero el morador es sometido a un nuevo proceso educativo y aprendizaje del don. La libertad debe desasirse de todo y no tener miedo a alzar el vuelo; el Señor se lo enseñará, unas veces con “gustos” y otras con sequedades; pero en todo debe dejarse embabecer (4M 3,11).

Nuestra autora toma precauciones y afirma que es difícil dar a entender lo que empieza a suceder. Teresa revela el dinamismo de Dios, cuando decide tomar la iniciativa y darse sin tasa (V 37,2), y al mismo tiempo, enseña las disposiciones que se deben tener para acoger la autodonación de Dios y su gracia.

1. 1 *La nueva experiencia del amor*

La entrada en 4M produce un efecto consolador: de la noche al día deslumbrante y viento a favor, de la sequedad al verdor de la primavera, del destierro a la frondosa tierra. Se afirma que a partir de aquí todo “es dado de Dios” (4M 1,6). La nueva realidad se experimenta como verdad donada: “por diligencias que hagamos no lo podemos adquirir” (4M 2,5). El Espíritu Santo infunde vida a los sentidos internos de la fe para en algo entender lo que la Santa llama “co-

sas sobrenaturales”, no accesibles a la comprensión racional (4M 1,2)³.

La realidad sobrenatural encuentra en la naturaleza humana su lugar propio. Cuando a la subjetividad creyente se le concede el don de acoger la autodonación de Dios, al mismo tiempo se le da la posibilidad de salir de sí misma a partir de lo que le sobrepasa. Esto es así, porque la gracia infunde amor trinitario. La iniciativa salvadora de Dios posibilita la respuesta creatural (4M 2,10). Esta sobreabundancia de la gracia (“mercedes de Dios”⁴) en las distintas mediaciones es percibida por el morador como presencia inmediata de Dios.

La experiencia de 4M suscita conocimiento certero del bien recibido, de su origen y de su autor; en consecuencia, a la criatura se le da el olfato, los oídos y la vista para reconocer la presencia inmediata, aunque oscura, de su Creador. La persona es informada y recreada por la vida teologal, proporcionándole una sabiduría interior y un talante nuevo (4M 1,8). Este viraje constituye la pedagogía que Dios imprime en consonancia con la Revelación.

El conflicto insalvable de las 3M entre el drama humano y la experiencia de fe encuentra salida inesperada en 4M con la irrupción de la gracia salvadora de Jesucristo. Teresa desde su infancia albergaba la convicción de pertenecer a Dios y, por tanto, de entregarse a su amor y servirle con todo su ser. Dios, “*Sabedor de todas las cosas*”, se dio como aquel que “miraba” con “*soberana largueza*” (V 7,18). Pero fue en la conversión a la gracia cuando Teresa nació a la vida nueva de forma existencial, después de una guerra penosa, como ella dice, (V 8,2) y de rendirse a la gratuidad salvadora de Dios (V 7,1.3; 7,22). La gracia recibida da paso a la vida mística, al predominio de la vida teologal, al recogimiento infuso y al inicio de una vida definitivamente cristocéntrica (V 10;23,1). Jesucristo se reveló como Salvador y gracia en la persona de Teresa (V 9)⁵.

³ “Es ya cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos. Porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia”: C 31,2; cf. V 14,6.

⁴ Cf. *Concordancias* 1605-1619; T. ÁLVAREZ, *Merced*: DST 428.

⁵ La conversión opera un cambio en la disponibilidad a la iniciativa de la gracia a modo de *passio*. En esta experiencia de la gracia, la libertad se encuentra con el paso inequívoco de la presencia inmediata de Dios; la persona

Las 4M introducen en el *ágape*, amor de Dios encarnado, Jesucristo, desplegándose bajo la soberanía del Espíritu Santo. Así, la criatura renovada puede iniciar la correcta relación con Dios a partir del amor donado en Jesucristo. El amor, la fe y la esperanza asientan la persona en la gracia confiada y en la relación filial con Dios, más allá del temor (1Jn 4,18) y de los propios proyectos. La vida teologal es obra de la gracia y posibilita vivir la finitud y vulnerabilidad humanas bajo la soberanía del amor y misericordia de Dios⁶.

La experiencia teologal del amor afecta la afectividad, que queda ensanchada y más sensible en su percepción subjetiva (4M 3,9). Sin embargo, porque “quizá no sabemos qué es amar” (4M 1,7), el camino certero no es el sentir el “mayor gusto” sino la fe en el único Dios y “la gloria y honra de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica” (4M 1,7). La fe y la ética constituyen el criterio verdadero del amor teologal (4M 1,7). El camino del amor es servir por entero a “Cristo crucificado” (4M 2,9) e identificarse con Él⁷.

1. 2 *La hondura del encuentro y el sobrecogimiento interior*

La nueva vida imprime mayor luz, conocimiento, hondura y calidad humana⁸. El “hondón interior” (4M 2,6) teresiano está íntima-

es introducida en la vida del Espíritu. La irrupción de la vida teologal suele suponer una crisis global en la persona, teniendo que resituarse de nuevo sus estructuras de apoyo que le habían sustentado durante años; pasará de una primera confusión y desconcierto a la certeza de la experiencia de modo humilde y agradecido.

⁶ “La gracia de Dios se hace vida del hombre tomando la forma concreta de comunicación interpersonal de fe, amor y esperanza”: F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu*, Madrid 1998, 75.

⁷ La segunda conversión desencadenada es obra del Espíritu Santo. Si bien la vida teologal se asienta por gracia en el bautismo, su desarrollo tiene un largo recorrido en la madurez creyente, acompañada normalmente por las obras del amor y por una confiada relación con Dios en la vida personal y comunitaria. El amor teologal informa las virtudes morales y las orienta hacia el bien, la justicia y la santidad. El fruto de esta transformación no reside tanto en el cambio radical de las tendencias, sino en una mirada nueva de la realidad propia y ajena. El horizonte salvador del amor proyecta la vida a una existencia confiada en la paz y en la alegría.

⁸ Cf. QVD 47-62. Pr 8; Sb 7; 1Co 2,4-9; 3,18-21; Ef 1,17-19; 3:18-19; 5,15-17; Col 1,9; 2,3; 3,16.

mente relacionado con el misterio de Dios en la donación libre de sí mismo. Venimos afirmando que la interioridad es el ámbito propio de la vida teologal. El sujeto adquiere verdadera profundidad cuando Dios en su amor se abaja hasta el final y recupera para siempre a quien es su verdadera imagen. A partir de aquí el ser personal comienza a vivir desde su fuente con gratitud y relación filial.

La gracia y los dones del Espíritu Santo toman la delantera. El morador se ve sorprendido por el “mundo interior acá dentro” (4M 1,9), como dice la Santa. Así, el sujeto, afectado en su libertad por un amor que le sobrepasa, se expone al paso de Dios y se entrega confiadamente a la gracia donada. La noche pasiva del sentido de 3M fue horrenda y seca, aunque sostenida en la fe; las 4M conforman la respuesta de Dios: ahora la interioridad se percibe asentada en una luz interior con mayor certeza de fe y con nueva vida donada.

La subjetividad se experimenta con una hondura insospechada y con el desvelamiento de la grandeza insondable de Dios en la desmesura de sus posibilidades. El morador es educado para una relación más original (4M 2,5; 4M 2,6). La vida teologal y la asistencia de la gracia producirá los frutos de la unión, pero la voluntad purificada estará expuesta a la vulnerabilidad de la fragilidad natural. El morador progresará en los “efectos del amor” (4M 1,6). Sin embargo, lo característico del encuentro reside en la re-orientación de la libertad, en ordenamiento del deseo y en una interioridad referida solo al Amor absoluto del único Dios (Dt 6,4-5), aun conociendo “la miseria que nos quedó del pecado de Adán” (4M 1,11).

El encuentro con Dios sumerge al creyente en la profundidad de su ser y en el abismo entre criatura y Amor donado. En la rendición amorosa de la persona al amor de Dios revela que este es más que ella misma y remite al espacio interior, habitado por la fragancia del verdadero amor: “Entiende una fragancia [...] como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes” (4M 2,5).

La hondura del encuentro desplaza el esfuerzo por la autorrealización del yo hacia el don recibido y la paz confiada. La personalidad creyente queda orientada por el tesoro descubierto y donado (Mt 6,21). En este momento, el Señor introduce al morador en su Reino más íntimo, dándole capacidad para una entrega mayor a lo largo de

las siguientes moradas. Este amor es fraguado en el ejercicio del mismo y en la unión a la voluntad de Dios: “La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios” (4M 2,8).

El Espíritu Santo infunde vida y purifica este centro personal, preparando espacio al amor dado. El morador es seducido por este actuar de Dios en su interioridad; así, guiado por la fe, se atreve a lanzarse a la aventura del verdadero amor. La razón da paso al amor (4M 1,7), dejándose conducir y sin pretender saber todo o controlar la realidad.

1.3 El manantial caudaloso de la oración

En 4M se entremezclan diversos grados o estilos orantes relacionados con el paso a la vida sobrenatural y al aprendizaje de la vida teologal; podemos distinguir e identificar, en 4M y otros escritos, cuatro formas orantes relacionadas entre sí:

- a. El diálogo amoroso que Dios enciende en el centro de la persona; porque “no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho” (4M 1,7; F 5,2; V 8,5-6;10,5;13,11).
- b. La oración de recogimiento infuso de orden propiamente teologal, iluminada por la luz de Dios, sin artificio alguno (V 14-15; 4M 3; C 47-48; R 5,3; CC 61,3).
- c. La oración de quietud; este lenguaje divino mueve la libertad a un mayor amor y servicio a Dios, y la predispone para trabajar “en balde” con desasimiento de todo (V 14-15; 4M 2,2-3.9-14; C 52-53; R 5,4 [CC 61,4]; Cp 4,1-3).
- d. La oración de sueño de potencias es la oración de quietud en grado más intenso, atrayendo la voluntad, la memoria y el entendimiento hacia Dios, de modo que solo pueden ocuparse de Él (V 16-17; 4M 3,11-15; R 5,5 [CC 61,5]; F 6,1).

La oración requiere una nueva pedagogía. Hasta ahora la oración y la relación con Dios constituían un camino de la persona hacia Dios; en las 4M esta orientación cambia a partir de la libre iniciativa de Él. El proceso orante se simplifica: “sin artificio”; el Espíritu Santo confía el amor del Hijo al corazón del orante. A partir de esta presencia que lo habita, el creyente puede adentrarse con confianza hacia el Misterio en fe, que acontece en la oración de quietud como acto origi-

nario y actitud básica teologal, situando al morador en el camino recto del Misterio. Teresa hablará de los efectos sensibles de esta presencia (4M 2,2).

En 4M el acto de fe se orienta hacia la gracia que acontece: “agua viva [...] que cae del cielo” (C 19,6). La subjetividad puede llegar a corroborar esa presencia, experimentada fruitivamente con “un recogimiento que [...] parece sobrenatural” (4M 3,1). Así, “los gustos comienzan de Dios y siéntelos el natural y goza tanto de ellos” (4M 1,4). El consuelo de la presencia amorosa de Dios construye su propio lenguaje (4M 2,1); el acto de fe mueve a la adoración, al asombro y al agradecimiento: “¡Oh Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas!” (4M 2,5). A partir de las 4M el creyente comienza a intuir que se nutre de vida teologal en la esencia de su ser.

Así, el acto de fe se sostiene por sí mismo más allá de las mediaciones ordinarias de la vida y de sus frutos o señales en la subjetividad. En realidad, la persona sostenida por la vida teologal solo encontrará verdadera respuesta en el acto de fe, presencia real del Dios trinitario, pero sin saber cómo (4M 3,3), porque “ni se ve la lumbre, ni dónde está” (4M 2,6). El aprendizaje de vivir “*de fe en fe*” conduce a una mirada distinta de la realidad que acontece. Dios “ata” el pensamiento (4M 1,8) con el amor comunicado.

Dios se impone como realidad contemplada y vivida en el aquietamiento de las facultades humanas y en un amor sereno y ardiente hacia sus criaturas. Las 4M educan la subjetividad a la iniciativa libre de Dios. La oración de quietud constituye la entrada en la mística y en la vida teologal consolidada: la vida de Dios se entrega y se dona en la debilidad de la carne, y esta recibe la capacidad de percibir el amor trinitario.

La inmediatez de esta experiencia infusa, y su precedencia sin causa alguna⁹, expresa tres aspectos de la donación de Dios a la creatura:

⁹ La vida teologal es propia de todo cristiano, solo algunos la reciben acompañada de la contemplación infusa y del recogimiento de quietud. Dios se revela con iniciativa propia en la pasividad acogedora de la persona y en la percepción refleja de sus efectos a distintos niveles. La relación afectiva con Dios se ha ido construyendo y configurando en las moradas anteriores; ahora dicha afectividad orante se abre al don de la Revelación y a la soberanía del amor de Dios con la iniciativa que le es propia.

la ausencia de actividad propia del yo en cuanto proceso sensible, cognitivo o volitivo; certeza del nuevo amor sobrecogedor, paz y quietud, respecto de otras experiencias, proceden solo de Dios (4M 1,4); ausencia de vivencia previa de la conciencia que pudiera ser la causa de lo dado (4M 1,6; 2,3; V 14,5).

La actividad divina impacta en el ser finito, y el natural lo siente de forma inmediata (4M 1,4); pero lo que hace inmediato el encuentro es el mismo Dios, comunicándose en un amor indescriptible, pero perceptible para el sujeto (4M 1,5) de una forma dada y regalada. Este amor se presenta con rostro y contenido concreto en sintonía con la plenitud de la Salvación. Dios deja de ser una cosa más entre otras y se convierte en el centro unificador de la vida (4M 3,10); entonces el sujeto acoge lo que se le ofrece y se entrega con un recogimiento que procede de Su amor (4M 1,6).

1. 4 Discernimiento de la precedencia de Dios

Teresa habla de contemplación infusa y “mística teología” (V 10,1;18,15;24,2; R 18.45), pero también reverla una pedagogía original en el conocimiento interno del Verbo encarnado. El sujeto, ignorante de la sabiduría de Dios, va aprendiendo cómo la vida teologal desvela su presencia y La pedagogía de transformación imprime. El morador mantiene sus tendencias fundamentales, pero en él se origina un cambio significativo en el orden cognitivo y afectivo. Pero la dinámica de transformación no se verifica directamente de la experiencia inmediata, sino en sus signos y efectos. De aquí la necesidad de un adecuado y certero discernimiento

El Señor manda los efectos que obran en el alma, “para que se entienda [...] cuándo es espíritu de Dios” (V 14,8). La libertad ha sido educada en la desapropiación y ahora puede reconocer el paso y el vestigio de su Creador, porque lo que viene de Dios, tiene el sabor de Dios y “el natural” disfruta con ello (4M 1,4). En este disfrute, la libertad quiere devolver lo recibido: “la determinación de desear contentar en todo a Dios” (4M 1,7). La señal verdadera del amor teologal de 4M se expresa en la docilidad y disponibilidad de la libertad a ser sierva del amor en todo.

Nuestra protagonista describe ciertos efectos sensibles de la presencia teologal en la corporeidad y conciencia de la persona: dilata y ensancha, produce bienes que desbordan la comprensión racional, esperece “olorosos perfumes” y enardece por dentro “toda el alma” y hasta el cuerpo (4M 2,6) con gran satisfacción y deleite (V 31,3).

Sin embargo, la persona se enfrenta a dos caminos tortuosos: el ensimismamiento de sus fuerzas egocéntricas y la inclinación racional a querer comprender y controlar (4M 1,9). Dios también emplea dos caminos seductores y purificadores: la presencia y la ausencia, la cercanía y la lejanía. El corazón humano inicia un proceso de ensanchamiento y de compunción por la infusión del amor teologal (4M 2,5), pudiendo “traer consigo unos alborotos de sollozos” y, en algunos, apretamiento del pecho (4M 2,1). El cauce humano se ve desbordado por el caudal que proviene más cerca del mismo nacimiento (4M 2,3).

El sujeto comienza a entender y “gustar” lo dado por Dios, quien entra en el alma de muchas maneras, sin ruido (4M 2,6,3,7) y con “grandísima paz y quietud y suavidad” (4M 2,4). Dios obra seduciendo desde la profundidad, sin otro mensajero que Él mismo (V 14,5), y comunicando su presencia “dentro de nosotros mismos” (4M 3,3).

Esta iniciativa y libre donación de Dios reclaman santa humildad. Lo recibido es revelación del Misterio que sobrepasa la respuesta de la finitud humana. La experiencia del amor donado atrae la voluntad y la intencionalidad a la docilidad y obediencia. El sujeto recibe esta procesión del amor de Dios con novedad y alegría; pero tendrá que dejarle a Él las riendas de su vida. El yo todavía está anclado en ciertos mecanismos de autoafirmación que necesitan ser sanados desde la misma acción de Dios y la disponibilidad personal.

El nuevo lenguaje de Dios se abre paso en la noche pasiva del sentido, iniciadas en la purificación de las 3M. Las 4M perfilan más la iluminación y la unión por la presencia inmediata de Dios y el sabor de su amor teologal. La mutación que se requiere para transformar el potencial del deseo humano en fe, tiene su proceso y sus etapas particulares en la vida de cada caminante.

Teresa destaca la luminosidad del amor de Dios que desprende el fruto de dicha noche: “luz que, sin ver luz, alumbraba el entendimiento” (V 27,3), “resplandor infuso”, “luz que no tiene noche [...] y no la

turba nada” (V 28,5). O sea, la noche encuentra significado y su sentido en esta luz interior del amor (5M 2,11), que guiará el recorrido de las tres últimas moradas. Ahora, el Espíritu Santo comunica el don de Dios mismo: “da el Señor cuando quiere y como quiere y a quien quiere, como bienes suyos” (4M 1,2); esta inmediatez de Dios provoca el habitual tono de gozo, paz y alegría. Pero, como está dicho, la fe se aviva.

El morador se ve sorprendido por el silbo, visitas inesperadas y dulzura indescriptible del “pastor” (4M 3,3). Ante esta gratuidad solo cabe la escucha, el agradecimiento y la docilidad al “embebimiento” de lo donado. El verdadero camino confiere normalidad a la existencia bajo una presencia novedosa y una relación personal y única. Así pues, el discernimiento de las 4M se concentra en torno a dos aspectos importantes: los criterios de los verdaderos “consuelos espirituales” (4M 2,1) y el engaño del pensamiento y de la imaginación (4M 3,5-6).

1. 5 La unidad del símbolo y la Palabra

La revelación que Dios ha hecho de sí mismo refleja la peculiar pedagogía de su iniciativa en la Palabra. La Palabra despierta al verdadero amor (4M 1,7). Dios educa de modo sorprendente, como lo ha hecho en la Historia de la Salvación, depositando su ley en la tierra fecunda salida de sus manos. Por otra parte, la vida teologal se alimenta de la Palabra y del Espíritu que la acompaña. Así pues, 4M corresponden al cumplimiento de la promesa de la Nueva Alianza. La Palabra será el referente objetivo para el caminante del *castillo*. Esta Palabra tiene rostro real en la persona de Jesucristo.

La palabra llega al morador con novedad, empapa y fecunda la tierra (Is 55,10-11). El mancebo del evangelio se ha determinado por seguir al Pastor. Esta llamada de la palabra hecha carne no se puede dejar de oír con el regalo insólito de su amor. La referencia bíblica confiere a las 4M una referencia importante para dar a entender la nueva relación que Dios establece en la precedencia de su amor¹⁰.

¹⁰ R. LLAMAS, *La Biblia en Santa Teresa*, Madrid 2007, 179.

El don del amor de la Nueva Alianza (4M 1, 8; Lv 26,12; Jr 30,22) ensancha el corazón (4M 1,5; 2,5; Sal 119, 32), orienta al don del Reino (4M 1,9; Mt 12,28; Lc 17,21) y deja al descubierto el pecado de la condición humana (4M 1, 11; Rm 5,12; 1Co 15,22; Gn 3,17-19; Sb 2,21). El morador no solo reconoce sus miserias (4M 1,12; Ct 8,1-2), sino también la grandeza de Dios en darse cual manantial de aguas puras (4M 2,2; Sal 18,4; 93,3-4; Is 8,6; Ez 47,9; Am 5,8; Jn 1,33; 4,1-24). La humildad se impone en el desmerecimiento de los dones (4M 2,9; 1P 5,5). Sin embargo el buen Pastor no deja de llamar con su dulce silbido (4M 3,2; 3,3; Jn 10, 3-14); así, el morador descubre que Dios está “dentro de nosotros mismos” (4M 3,3; 1Co 6,19) y que “todo lo puede en Aquel que me conforta” (Flp 4,13; 4M 3,9).

Este breve recorrido de la Palabra por 4M confirma la sintonía espiritual que la Santa tiene con personajes bíblicos y escenas de Jesús. Pero la mayor comprensión de la Escritura le viene de su experiencia sobrenatural con la que Dios le agració. La comprensión existencial y la iluminación teológica, que aporta la Palabra a Teresa, le proporciona la profundidad del misterio de Dios en la medida de lo humano (V 38,1.9;40,1). La referencia a la Escritura es una clara apuesta por andar tras la verdad revelada, Jesucristo Resucitado (V 40)¹¹.

Teresa recurre también al lenguaje simbólico con mayor acento pedagógico. En consonancia con los grandes símbolos bíblicos, la autora expresa la autodonación gratuita de Dios a través del lenguaje estético-simbólico¹². La Santa introduce el símbolo del silbo del pastor y profundiza en el significado simbólico del agua.

En el tránsito de las cuartas estancias, el morador se va a encontrar con un silbo suave y penetrativo del Rey y Pastor (Jn 10,14). El silbo despierta la atención y evoca la presencia de su autor; su fuerza repentina (4M 3,2) recoge a la persona y la concentra en el amor que el pastor despierta. El morador todavía anda por veredas con escaso pasto y sin agua abundante, desamparado y enajenado (4M 3,2). Pero la suavidad amorosa y la misericordia del silbo conducen y sitúan al caminante en la senda de los regalos sin artificio del castillo. El sím-

¹¹ Cf. S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*, Madrid 2012, 266-274.

¹² Cf. Ib., *El camino de lo inefable*, Madrid 2012, 117-118.

bolo pastoril hace referencia a las múltiples manifestaciones de la comunicación y cercanía de Dios. Estas manifestaciones suscitan alegría inesperada, inflamación del corazón (Sal 118; 4M 2,5-6) y ciertas luces internas que deja el paso de la Gracia. Dios quiere que, de alguna manera, el “alma” entienda su cercanía amorosa (V 14,5).

Teresa recurre al símbolo del agua para enseñar el proceso de relación con Dios; como buena pedagoga, poeta y mística introduce en el misterio de Dios a través de símbolos de la tradición bíblica¹³. En 1M el agua de la fuente regaba el árbol de la vida. Ahora la Santa retoma este símbolo con las dos fuentes (4M 2,2) para explicar la nueva vida regalada¹⁴. En *Vida* nuestra protagonista nos había sorprendido con la pedagogía simbólica de los modos de regar con las cuatro aguas (V 11,6-8). En *Camino* expone las cualidades del agua desde la misma perspectiva: refresca (C 19,3), lava (C 19,6) y quita la sed (C 19,8).

El agua representa la experiencia de la gracia y de la oración (C 2,19; Ct 4, 12-16)¹⁵. El esposo y hortelano “lo hace todo” con la “tercera agua” (V 16,1) riega con su amor la tierra de la amada; y esta, a su vez, retoma la vida “en las corrientes de las aguas de su Esposo” (F 31,46) recuperando su libertad (V 30,19). El discurso mistagógico de los dos pilones de agua (4M 2,3-6) establece la diferencia entre la oración de quietud de la contemplación infusa y la oración mental del recogimiento adquirido: el pilón de la meditación mental hace que el agua transcurra por arcaduces con esfuerzo propio y produciendo frutos, pero este ejercicio “hace ruido”, hincha de amor propio el alma, inquieta y aflige “esta tarabilla del molino” (4M 1,13); mientras que el agua de la oración de quietud es infundida a borbotones en su mismo nacimiento, sin ruido, hinchando el pilón, desbordando y re-

¹³ R. LLAMAS, o.c. 119.

¹⁴ Cf. 6M 5,3; 7M 3,13-14. Esta imagen tiene diversas elaboraciones en otros escritos. En *Vida* dirá que le aprovechaba “ver campo o agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador” (V 9,5). Desde “muy niña” “suplicaba muchas veces al Señor”: “*Domine, da mihi aquam*” (V 30,19). Los frutos representan las virtudes, y el agua a Dios y a sus bienes, que empapan la persona a modo de “esponja que embebe el agua” (R 45) o de huerto por el que el Señor se pasea y cuida con diligencia (V 14,9).

¹⁵ Cf. G. TANI, *Il Castello Interiore di Santa Teresa d'Avila. Un'interpretazione simbolica*, Milano 1991, 66.

gando a otros. Ante esta iniciativa de Dios solo cabe la oración humilde y el reconocimiento de su amor (4M 2,5).

2. LOS SECRETOS ESCONDIDOS DEL AMOR (5M)

Teresa aborda el tema de la unión con Dios con temor y temblor, sintiendo la tentación de enmudecer¹⁶. Teresa advierte que son pocos los que entran en estas moradas y que ya es gran misericordia de Dios llegar tan solo a la puerta de ellas; igualmente afirma que son pocas las cosas que hay que decir (5M 1,2), pero son importantes: “¡Oh secretos de Dios!, que no me hartaría de procurar dar a entenderlos” (5M 1,4).

2. 1 *La experiencia teofánica y certeza de la unión*

Teresa afirma tener mucha experiencia (5M 1,5), pero solo dirá “algunas cosas” para no ser engañados “transfigurándose el demonio en ángel de luz” (5M 1,1). En estas moradas la obra la hace el Señor y el morador consiente su acción (5M 2,1). Teresa recurre a dos criterios de autoridad: la luz interna que envía el Señor (5M 1,1) y el testimonio de los antepasados “santos padres nuestros del Monte Carmelo”, que en soledad y penitencia buscaron este tesoro de la unión con Dios (5M 1,2). El recorrido de las 5M pues es teologal. El sujeto adquiere conocimiento y experiencia de Dios a través de su iniciativa en amor de alianza (5M 2,8). Dios precede en todo y la persona se configura desde esta experiencia insólita.

El verdadero amor es inabarcable y la comprensión da paso a la experiencia reveladora de Dios. Como Moisés ante la zarza ardiente de Horeb (Ex 3,1)¹⁷, Teresa es atraída por el fuego de la divinidad, que quiere hacer morada en carne de criatura. La verdadera experiencia cristiana del misterio no se confunde con la dilatación del horizonte espiritual que la criatura puede proyectar desde su finitud, sino que la iniciativa de Dios produce una hondura insólita y un desplie-

¹⁶ “Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir ni el entendimiento los sabe entender, ni las comparaciones pueden servir”: 5M 1,1; cf. 5M 4,11.

¹⁷ Cf. T. ÁLVAREZ, *Comentarios...*, 105.

gue de su humanidad que jamás pudo soñar: “Bendito sea tan gran Dios” (5M 1,3).

El morador pronto descubre que la iniciativa del Misterio y la soberanía de Su amor no están a su altura, pero constituyen su vocación más íntima (5M 1,11). Teresa vivió en su vida esta unión sobrecogedora (5M 1,8) y asegura que no hay duda de lo que ocurre en 5M; y que aunque parezca ser sueño, esta experiencia de cercanía inmediata es cierta y real (5M 1,3.5.9; V 10,1). Se trata de “una certidumbre [...] que solo Dios la puede poner” (5M 1,10).

Dios toma su tiempo para fraguar esta mutación en la libertad “con el calor del Espíritu Santo” y el “auxilio general” (5M 2,3). En 5M Dios se fija en el interior y deja la certeza de su presencia (5M 1,9). Los efectos de esta presencia no se olvidan y confirman la verdad suprema de que está en todas las cosas (5M 1,10). Esta “certidumbre” es corta, pero asienta al creyente en la verdad del amor y en la voluntad salvífica de Dios. El calado de la “certidumbre” queda confirmada por la presencia de la divinidad de Jesucristo en el “Santísimo Sacramento” (5M 1,11).

En la fiesta de Pentecostés de mayo de 1556 Teresa recibe la gracia del “desposorio”. Desde la representación del “Ecce Homo” hasta esta fecha, tenemos dos años en los que se fue configurando el proceso de unión de 5M, antesala de los esponsales con Jesucristo (5M 4,3; Is 54,5; 62,5). El horizonte de la unión se concentra en la persona y vida de Jesucristo camino de Jerusalén. El verdadero seguimiento asume el gozo y el dinamismo escatológico que crea el Reino en el corazón de la discípula: negarse a sí misma, dar la vida en rescate de otros y amor de cruz por identificación con el Amado. El gusano muere “con el calor del Espíritu Santo” y el aprovechamiento “de los remedios que dejó en su Iglesia” (5M 2,3.4).

El Padre ha determinado “darnos a su Hijo para que nos enseñe el camino” (5M 3,7). La vinculación amorosa del discípulo con su Maestro adquiere carácter de pertenencia en la aceptación humilde de no poder seguirle (5M 4,3-5); solo su amor hará posible en el discípulo una vida de entrega abnegada. Para ello, el morador pedirá fe, esperanza y amor, y agradecerá poder compartir la pasión de su Señor en la ingratitud de su propio pecado (5M 3,13-14). Este seguimiento es dado por gracia.

La vida teologal, en su acción purificadora, iluminadora y unitiva, llevará al morador a una mayor identificación con su Señor para participar con Él en su muerte y resurrección. La concentración en el amor entregado y crucificado, deja blando, amoroso y humilde el corazón del morador para la acción del Espíritu Santo¹⁸.

2. 2 El ámbito sagrado de “esto interior”

El itinerario de *Moradas* proporciona una mirada más honda de la interioridad como ámbito sagrado y habitado. La dignidad de la criatura de 1M constituye el punto de partida para la comprensión de la constitución ontológica de la persona. En 4M el morador “sufre” el ensanchamiento de su conciencia y el “sobrecogimiento” de su ser; este amor recibido orienta el deseo y todas las inclinaciones de la persona hacia la voluntad de Dios. La conciencia de “esto interior” (5M 1,7) llega a las 5M bajo la presencia y acción infusa del amor de Dios y con la misión transformadora del Espíritu Santo, creando vida nueva en los extractos más profundos del sujeto morador. Los que entren en ella encontrarán mucha ganancia (5M 3,3) y “la misma alma no se conoce a sí” (5M 2,7).

Este centro unificador de la persona se constituye en plataforma privilegiada para el encuentro de Dios con la persona humana. Dios crea una constitución adecuada para asentarse como plenitud de amor en la criatura. El *Castillo Interior*, a partir de esta categoría antropológica, nos permite seguir accediendo a la capacidad humana y pedagógica que esconde el itinerario propuesto por nuestra autora.

El horizonte teologal se abre paso en la interioridad del sujeto. El morador es liberado del subjetivismo cerrado para abrirse a la obediencia de fe que imprime la gracia. La Palabra viva y la fe de la Iglesia implican al sujeto en toda su estructura ontológica, sobrepasando sus posibilidades subjetivas y finitas. Solo el Espíritu Santo puede hacer nuevo el corazón del creyente (Jn 3) cuando hace posible una alteridad a la medida del amor infinito del corazón de Dios. Así, el

¹⁸ “[...] el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, [...] está dispuesta [...] para esta disposición [...] que [...] lo consiente” (5M 2,12).

sujeto en su libertad es configurado por la fe según la relación entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo¹⁹.

Dios se asienta en la interioridad con el calor del Espíritu Santo. Esta inhabitación “por gracia” (5M 1,10) es certera e inequívoca, y confiere a la persona una hondura y anchura insospechadas. La dignidad queda atravesada por esta sacramentalidad real²⁰. Dios “ha tenido por bien” comunicarse a sus criaturas (5M 1,8) y darse en la plenitud de su amor a “la esencia del alma” (5M 1,5), revelando “un misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente” (Rm 16,25-26; cf. Col 2,2-3).

Teresa tiene la conciencia de que en esta intimidad sagrada de 5M, en la que “Su Majestad está tan junto y unido” (5M 1,5), se opera el salto ontológico de lo *natural* a lo *sobrenatural*, de la *carne* al *espíritu* (Rm 8,5-13; Ga 5,16-26). El morador se suelta de sus necesidades (“contentillos de tierra”) para que, con los ojos puestos en la grandeza de Dios, corra encendido en su amor (5M 1,10). El corazón se configura a partir de esta iniciativa del amor de Dios, que rehace la persona por dentro recuperando la unidad perdida (Ef 4,24). La iniciativa libre de Dios y la acogida de la persona hacen posible la unificación espiritual (5M 1,2).

Teresa da razón del potencial de este amor regalado de Dios, que se encarnó y se ha desplegado en todo su esplendor y majestad. La promesa de Dios ha sido cumplida en el momento de “darnos a su Hijo que nos enseñase el camino” (5M 3,7). Así, la Nueva Alianza se hace presente en la transformación del corazón y corporeidad humana por el amor personal de Dios Padre, que es su Hijo en el amor del Espíritu. El amor todo lo envuelve y, a su vez, todo lo que ocurre está en el amor y presencia de Dios; de aquí el consejo básico de Teresa para el camino del morador a partir de las 4M: “lo que más os despertare a amar, eso haced” (4M 1,7). Ahora en las 5M ya se sabe mejor “qué es amar”. Este amor de sabor trinitario y engendrado en el centro del sujeto amado pertenece al tiempo y a la eternidad.

¹⁹ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *El Espíritu de la verdad*, Madrid 1998, 365-407.

²⁰ Teresa relaciona esta presencia de Dios con la presencia divina de Jesucristo “en forma corporal en el Santísimo Sacramento, “aunque no lo vemos” ni sabemos cómo porque “son obras suyas” (5M 1,11).

La interioridad es llevada a una belleza de gran limpieza y finura que solo el Señor sabe darlas (5M 4,3). Este amor, que une cielo y tierra, pertenece al don escatológico de Dios por excelencia (1Co 13,8-13; 1Jn 4,7-10), don de la Nueva Alianza que transforma el corazón humano habitado por el amor personal de Dios. Desde este punto de vista, el proceso de transformación educativa en la hondura de la interioridad es proporcional al don y a la vida del amor teologal.

2. 3 *La oración, una consolidada historia de amor*

La existencia orante se centra en la relación “de amor con amor” (5M 4,3), para llegar a ser un estilo de estar en el mundo. De esta forma, la oración se convierte en *camino* del seguidor de Jesucristo. Solo el verdadero seguidor conoce a tan fiel Maestro, vive en sintonía con Él y, como Él, se hace siervo del amor del Padre. Sin embargo, la oración requiere momentos específicos de intimidad relacional. El orante llega a estas altas cotas de oración a través de una larga trayectoria de relación con Dios.

Las 5M corresponde a la cuarta agua (V 18,1); ya no hay “gran embarazo y tormento y estorbo” (V 18,1), sino que el trabajo del hortelano va “acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que [...] no se siente por trabajo, sino por gloria” (V 18,1). Vida y oración ya son inseparables. El amor es único y la “voluntad debe estar bien ocupada en amar” (V 18,14). Teresa afirma con naturalidad que “unión [...] es dos cosas diversas hacerse una” (V 18,3); pero será necesario algunas aclaraciones para “entender qué es unión”²¹.

La gracia de la unión de Dios con el alma no es garantía de nada; se puede volver atrás en perjuicio del camino recorrido (5M 4,4-6). Por lo tanto, seguirán siendo necesarias la oración vocal de 1M, la oración de meditación de 2M, la oración de recogimiento de las 3M y la permanencia en las actitudes teologales de las 4M.

Aunque el morador se vea adentrado en la obra del Espíritu, la oración de 5M requiere una ascesis particular. El símil del gusano ayuda a comprender la acción ascética de “quitar de nosotros” y cons-

²¹ La Santa también habla de la oración de unión en: V 18-19; Cp 4,4-7; R 5 6; Cf. A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual de Santa Teresa de Jesús*, Santander 2004, 142-151.

truir (“y poner”) el consentimiento libre a la obra de Dios. Esta morada es labrada con la voluntad y la grandeza de Dios. A pesar de la largueza y magnanimidad de Dios (V 18,1), la conciencia pecadora golpea en el vaso quebrado de la fragilidad humana (V 18,1); solo el “Rey eterno” puede dar fortaleza para poner en el morador joyas tan preciosas “para que aproveche a muchas” (V 18,1).

El sujeto no sabe manejar bien esta “ascesis de desasimiento” (5M 2,5) y no podrá realizar por sí solo esta liberación; la inclinación egocéntrica está todavía presente en las mil formas de compensaciones, presunciones del yo, orgullo solapado y falsas caridades. El morador va a necesitar una vigilancia extrema para estar a la altura de esta cuarta agua: cultivar la humildad, el desasimiento y “todas las virtudes” (5M 3,9;4,9). Este desasimiento y docilidad podrán ser realidad por la acción del Espíritu Santo. El poder del pecado traspasa el nivel volitivo del sujeto. Sin embargo, Teresa afirma que hay prisa en tejer este capuchillo quitando amor propio (5M 2,6) para que “muera este gusano”.

La oración de unión es variada: oración regalada (V 18,6.8; V 18-19; 22,7), oración de la mirada y de la visita de Jesús (“vengan a vistas y juntarla consigo”), oración sacramental en la Eucaristía (ofrecimiento y abrazo a Cristo), oración de unión de la voluntad y oración del amor práctico (5M 4,12). La unión mística en la oración, cuando conlleva la suspensión de las potencias (V 18,10), es un “atajo” (5M 3,4), aunque no sea frecuente y de breve duración (V 18,11-12.15; 5M 2,7); pero se fragua, junto al brocal del pozo, con el agua viva que solo el amor de Jesús puede ofrecer.

La mariposa, desasida de todo, encuentra reposo en el único Amor para el que fue creada (5M 4,1). La mirada del Amado despierta el amor de la esposa, la introduce “en la bodega del vino” y ordena en ella la caridad (5M 2,12; Ct 2,4) con operaciones limpias del “amor con amor” (5M 4,3).

La pedagogía nupcial se inserta en la dinámica afectiva del corazón. Jesús toma la iniciativa para ofrecer una relación única. Esta iniciativa proporciona la paz del Resucitado. Los toques delicados que recibe el nuevo enamorado “pasan en brevísimo tiempo” (5M 4,4). En el secreto del corazón, Jesús llama a “vistas” para conocerle y “juntarla consigo” en la promesa del desposorio (5M 4,4). El alma

queda bien informada y se le da a entender de lo que se trata (5M 4,4).

Esta unión “aún no llega a desposorio espiritual”, sino trato para dar la conformidad de lo que cada uno quiere y desea del otro, y determinarse a “hacer en todo la voluntad de su Esposo de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento” (5M 4,4). Teresa insiste en que este momento es muy delicado; pide una oración especial para aquellas “a las que el Señor ha llegado a estos términos” (5M 4,4). La lucha espiritual se va a hacer presente a las puertas del desposorio de 6M. Teresa afirma “que aún en este estado no está el alma tan fuerte [...], y el demonio andará con gran cuidado a combatirla y a desviar este desposorio”.

La oración sitúa al creyente frente a la fe en Jesucristo y a su amor de entrega (Ga 2,20; 5M 4,12). La nueva identidad se configura desde la fe y persona de Jesucristo en el seno de la Iglesia (5M 2,4; 3,3) y en la comunión de los Santos (5M 4,6). Pero se hacen presentes tres frutos incuestionables a la hora de examinar con temple recio la veracidad de esta oración y vida de unión de 5M: la unión con la voluntad de Dios, el amor práctico sin límites y la obediencia humilde en las mediaciones.

2. 4 “*Esto interior es cosa recia de examinar*” (5M 1,7)

El discernimiento requiere finura y experiencia consolidada cuando se trata de examinar la unión que Dios establece en 5M. El morador conoce los restos narcisistas del deseo natural, ávido de una experiencia religiosa de fusión en el amor y en el conocimiento controlador de lo que ocurre; esta pérdida del yo narcisista acabará con la muerte del “gusano” para devenir en la “mariposilla” y “tornar donde salió” (5M 2,9). Teresa sabe que los efectos desordenados y la sensibilidad fácilmente despiertan la experiencia oceánica del amor místico de unión y engañan con facilidad *sub angelo lucis*²².

²² “Enviad, Señor mío, del cielo luz [...] porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en ángel de luz”: 5M 1,1; cf. 2Co 11,24; 1M 2,15; IGNACIO DE LOYOLA, *Libro de los Ejercicios*... 322.

La sensibilidad afectiva y los dinamismos sensibles son afectados sustancialmente cuando “está su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma” (5M 1,5). Pero la experiencia de la gracia está al servicio del contenido de la fe y de la dinámica de la vida teologal en la subjetividad creyente, que nunca debe osar comprender (5M 1,5). Teresa afirma con claridad que es “cosa recia” la tarea de examinar el interior de 5M, pero hay señales claras y definidas para no engañarse y discernir la obra de Dios en el alma (5M 1,7): la unión de la voluntad, las obras de amor y la obediencia.

La unión se conforma en la medida en que las preferencias por el amor propio pierden referencia, y la voluntad se ata a la de Dios (5M 3,3); es más si esta alma está asida a la voluntad de Dios, “está claro que no se perderá” (5M 4,8). La unión del creyente con Dios, y del discernimiento correspondiente de esta presencia, reside en que “hacemos su voluntad” (5M 3,7;4,7). La verdadera unión consiste en vivir asidos a la voluntad de Dios, gracia que la santa desea para ella y para las suyas (5M 3,3).

La unión en gracia queda determinada por la muerte del gusano de toda atadura, para que, libre y asido solo a Dios, la voluntad se disponga a la obediencia de fe, a ejemplo del Maestro de Nazaret²³. Esta unión es la más clara y segura, la que Teresa ha deseado y pedido al Señor (5M 3,5). La primacía de la voluntad de Dios constituye la conformación más cierta con la humanidad de Jesucristo; y, a su vez, Jesús en su humanidad revela esta esencia de su naturaleza: ser desde el Padre y amar profundamente su querer, más allá de la muerte y de la vida física, “en si se muere el padre o hermano” (5M 3,7).

La otra unión del morador con Dios reside en la abnegada entrega en el ejercicio de la caridad y de las exigencias de la misión. Esta mariposita no para, “siempre fructifica haciendo bien a sí y a otras almas” (5M 4,2). La Santa sale al paso de una oración espiritualista, proclamando la unión con Dios a través del amor fraterno (5M 3,9; 4,11)²⁴. La ascesis de 5M se orienta a la dinámica de la abnegación y del abandono a la disponibilidad de la voluntad del Padre, por configuración con el Hijo. Teresa no se va a desprender de esta ascética

²³ Cf. Mt 12,50; 26,39; Lc 2,49; Jn 5,30; 6,38; 8,29; 9,31; Hb 10,7.

²⁴ Cf. T. ÁLVAREZ, *Comentarios...*, 122-128.

hasta el final. Este aprendizaje de la práctica del amor (*ágape*) es fruto de la gracia (5M 3,10).

El corazón del morador acoge la caridad regalada y saborea con gozo el embriagador vino de la bodega (5M 2,12). El criterio de discernimiento de las obras del amor remite a la carta del discernimiento del amor a Dios (5M 3,8; 1Jn). Así pues, el discernimiento de la unión que Dios establece se pone a prueba en la vida real: “Obras quiere el Señor” (5M 3,11).

Las obras del amor teologal constituyen una sabia pedagogía de Dios en el aprendizaje de la obediencia²⁵. El verdadero discípulo está llamado a aprender a obedecer, al estilo de Hijo²⁶. La obediencia de fe constituye el discernimiento objetivo del seguimiento de Jesús, como lo afirma la Santa respecto del apostolado (5M 3,29). La mirada al amor del Crucificado (5M 3,12) sitúa la obediencia en el acto supremo de respuesta de fe e identificación con el Amado: “Que sea una misma cosa” (5M 2,5). Así, viendo el camino venidero de la unión con el Amado en 6M, la Santa afirma con júbilo: “Puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor” (5M 4,10).

2. 5 *La pedagogía de la Palabra y de la realidad simbólica*

La Palabra y el símbolo tienen funciones distintas y complementarias: el recurso bíblico confirma la objetividad de la experiencia subjetiva; el símbolo remite a una realidad que está más allá de la objetivación de la palabra y de la racionalidad humana. Palabra y símbolo están en función del tema central: el tesoro del amor unitivo de Dios, amor eterno encarnado; y, al mismo tiempo, la transformación que opera en la subjetividad esta realidad regalada. Así, Palabra y símbolo actúan como pedagogía de la comprensión del Misterio.

En 5M la Palabra se centra en la relación, contemplación y unión con el rostro del amor de Dios, Jesucristo. El símbolo explicita la realidad de la vida teologal y la realidad teológica, a la que remite. El Misterio adquiere rostro humano y luz divina en la Palabra. La Palabra

²⁵ La obediencia constituye el “camino que más presto lleve a la suma perfección” (F 5,10).

²⁶ “Siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia”: Hb 5,1-10; cf. Sal 109; Mc 2,18-22.

y el símbolo están más relacionados: la bodega, el vino, la caridad, y la invitación de Jesús a compartir su vino en el Cenáculo²⁷.

La Palabra configura la subjetividad. De este modo, la afectividad transformada por el amor donado (5M 2,4) se vincula al Espíritu de la Palabra, y es elevada a la dimensión escatológica de la Revelación; en Jesucristo se hallan todos los bienes, el pasado, el presente y el futuro. La Palabra en 5M adquiere la soberanía de la obediencia y de la fe creyentes²⁸.

Teresa inicia las 5M pidiendo luz para dar a entender la unión con Dios y ver su faz (Sal 42,3): “Enviad, Señor mío, del cielo luz” (5M 1,1). Las 5M son delicadas y se requiere una finura especial, “puesto que son muchos los llamados, pocos son los escogidos” (5M 1,2; Mt 22,14). El camino pide un temple especial para acoger el don de Dios y la capacidad de desasirse de lo que no conduzca al verdadero amor y perla más preciosa (Mt 13,46; 5M 1,3). Los amores requieren idilios previos e intimidad en la “bodega del vino” del Amado (Ct 2,4; 5M 1,12; 2,8). El sujeto enamorado busca al Amado de su alma recorriendo calles y ciudades (Ct 3,2; 5M 1,12). En la intimidad se recibe la paz que el Resucitado dio a los apóstoles (5M 1,12; Jn 20,19.21.26). El morador saldrá de la bodega tatuado con el sello del Amador (5M 2,12; Ct 2,12). Esta unidad con Cristo es también unión con Dios porque “todo es uno”, el Padre y el Hijo, y “nuestra vida está escondida en Cristo (5M 2,4; Jn 10,30).

La unión con Dios se consume en la caridad y en mirar el bien del otro como lo hizo Jesús con Lázaro (5M 3,4; Jn 11,34-36). Pero la verdadera caridad requiere el aprendizaje de la pérdida del amor propio (gusano “que royó la yedra a Jonás) y ser forjada en la virtudes en unión “con la voluntad de Dios” (5M 3,6; Jon 4,6-7). Así pues, el camino de la perfección evangélica hunde sus raíces en la búsqueda de la voluntad de Dios y en vivir conforme a ella (5M 3,7; Mt 5,48); y la perfección cristiana no radica en experiencias místicas, sino en guardar el único amor pedido por Jesús para sus discípulos (5M 3,7; Jn 17,21-23), que nace en Dios y vuelve a Él en la unidad de voluntades (5M 3,7; Mt 22,35-40). La más cierta señal de la unión con Dios

²⁷ Cf. S. CASTRO, *El fulgor...*, 274-281.

²⁸ Cf. R. LLAMAS, *La Biblia...*, 182-190.242.

reside en el amor al prójimo, “porque si amamos a Dios no se puede saber aunque hay indicios [...], más el amor del prójimo sí” (5M 3,8; 1Jn 4,20).

La estructura simbólica de 5M, para expresar la nueva alianza con Dios, se centrada en la alegoría del “gusano de seda” (5M 2,2), la bodega del vino y el sello en la cera. En el segundo capítulo se introduce la metamorfosis del gusano en mariposa para expresar el símbolo nupcial entre la persona divina y la persona humana. Así, la relación esponsalicia está presente en estas moradas e iluminará el desarrollo mistagógico de las dos últimas. La mariposa acabará abrasándose en el fuego del amor trino²⁹. La genialidad de la alegoría reside en la metamorfosis de esta maravilla de la naturaleza, referida a la unión con el amor divino.

El ser humano no queda anulado en la iniciativa libre de Dios, como si Éste fuera una superestructura que se sitúa por encima de lo natural, sino que, en su gracia donada, se implica en el dinamismo humano de transformación. Teresa abandona la centralidad del símbolo de *morada* y *castillo* para usar otra imagen que expresa mejor el dinamismo entre la naturaleza y la gracia. La vida humanada de Jesús da la clave de esta perspectiva: “desde dentro”, lo que nos permite hacer un ejercicio dinámico entre el símbolo natural y el significado al que apunta en 5M 2.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

La pedagogía prosigue su inversión, iniciada en 4M, en una especie de subversión científica, en cuanto al cambio operado en el proceso educativo de la vida interior. El excesivo tiempo y esfuerzo por acallar el entendimiento y la imaginación ahora se simplifica. Más allá de cualquier discurso racional o dificultad humana, el camino del amor toma la delantera educativa en el sujeto. Resultan así más adecuadas las actitudes de abandono, receptividad y entrega en el amor.

²⁹ Cf. T. ÁLVAREZ, *Simbología Teresiana*: DST, 574; T. ÁLVAREZ, *Comentarios...*, 114-121; J. CASTELLANOS, *Lectura de un símbolo teresiano. La metamorfosis del gusano de seda en mariposita como ejemplo de una teología simbólica*: RevEsp 41 (1982) 531-566.

El umbral de la experiencia está marcado por la acción del Espíritu Santo, que infunde en la persona ese amor de embebecimiento y de misterio vincutivo. Así, dicho amor es camino de conocimiento y de la fe más allá de lo sensible y experimentado. Teresa advierte, sin embargo, sobre ciertas experiencias pseudomísticas que quieren forzar a Dios para provecho propio. Dios concede su gracia cuando y a quien quiere, y nada de lo que conceda se debe desear. Pero el mayor signo de la verdad de esta experiencia es el amor práctico sin límites y la gracia de seguir a Jesucristo, incluso hasta la cruz. La calidad del amor mira al Amor encarnado.

La pedagogía teológica de 4M y 5M conduce al morador a la experiencia de la conversión a la vida teologal, que trae consigo la gracia del Reino en la autodonación de Dios Padre a la humanidad, y a dejarse guiar por ella en el aprendizaje del don de la obediencia de fe. La precedencia del amor de Dios en fe y esperanza, bajo la acción del Espíritu Santo, se convierte en el horizonte del creyente y en la configuración estructurante de su personalidad. La progresiva humanización queda ya orientada hacia una mayor plenitud de la vida teologal. El nuevo nacimiento (Jn 3) de las 4M y la unión de las 5M resulta desconcertante y sorpresivo: el Señor “sea por siempre alabado. Amén” (4M 3,14).

El tercer estadio mistagógico corresponde a las sextas y séptimas moradas, en las que se consolida el proceso de unión con Dios y la transformación de la persona a imagen del Creador y semejanza del Hijo encarnado. La “mariposica”, que surge de la muerte del gusano de seda, no parará hasta que haya hallado “su verdadero reposo” (5M 4,2) en las 7M con el matrimonio espiritual y la experiencia del misterio trinitario.